

● Ángel Olgoso publica 'Las frutas de la luna', una nueva muestra de su singular quehacer narrativo, páginas en las que se propone "llegar a lo más grande de la mano de lo más pequeño"

Los que siembran en el cielo

LAS FRUTAS DE LA LUNA

Ángel Olgoso. Editorial Menoscuarto. Palencia, 2013. 216 páginas. 17,50 euros

José Abad

En el segundo número de la revista *Ficciones*, correspondiente a los meses de abril y mayo de 1995, un servidor publicó su primer microrrelato (*Entonces todavía no se llamaban así*). En la misma página se incluía otra pieza –muy superior a la mía– firmada por un tal Ángel Olgoso; era la primera vez que reparaba en este nombre. Unos años más tarde, en la Feria del Libro de Granada de 1999, adquirí un volumen que recogía buena parte de su producción previa: *Granada, año 2039 y otros relatos* (Comares). Lo devoré en unas pocas tardes, impresionado por la maestría narrativa mostrada por el autor; a la extrema inventiva de unas tramas sorprendentes, había que sumar el rigor franciscano de la escritura, siempre

al borde del *Maelström* romántico, presta a la cuchillada gótica, atraída por el desgarrador kafkiano. Quizás se hagan una idea de cuánto me sedujo *Granada, año 2039 y otros relatos* si afirmo que al marcharme a Palermo (Sicilia) en septiembre de aquel año, era uno de los pocos títulos que encajé en la maleta. Lo releí en los meses siguientes, de manera más pausada, superando felizmente la espinosa prueba de la relectura.

Me estancia de un año en Palermo acabó convirtiéndose en una estancia de un lustro; luego viví a caballo entre Granada y Treviso y, a pesar de mi solemne promesa



Retrato del escritor granadino Ángel Olgoso (Cúllar Vega, 1961).

de vigilar de cerca a tan intrigante escritor, acabé por perderle el rastro durante un tiempo. Olgoso volvió a cruzarse en mi camino al reseñar yo *Los demonios del lugar* (Almuzara), vencedora del I Premio Internacional de Terror Villa de Maracena. La lectura hizo fermentar nuevamente la levadura de mi afición. Leí las obras que tenía pendientes –*Cuentos de otro mundo* (Dauro) y *Astrolabio* (Cuadernos del Vigía)–, en espera de nuevas muestras de este talento impar: *La máquina de langüedecer* (Páginas de Espuma) y, ahora, *Las frutas de la luna* (Menoscuarto). Al autor no lo conocí inmediatamente, y me encontré

con un individuo tan singular como su literatura, una persona discreta en un mundo de exhibicionistas, de rasgos más germánicos que mediterráneos (Olgoso no esconde cierta vanidad al hablar de su barba blanca).

Respecto a sus obras precedentes, afirma Olgoso, *Las frutas de la luna* responde a "un claro afán totalizador, una visión panorámica de la especie". Y añade: "La idea es llegar a lo más grande de la mano de lo más pequeño, partir de lo diminuto para abarcar el cosmos entero. Contemplar el planeta –en palabras de Chateaubriand– como un insecto microscópico inadvertido en el pliegue del

manto del cielo". Unas altas miras colmadas por unos excelentes resultados. Desde el primer relato, *Contravivaje*, una delicadísima muestra del horror cósmico en donde asistimos al paciente desmantelamiento del universo de la mano de dos aplicados menestres, hasta el último, *La Montaña de los Gigantes a la caída de la tarde*, una especie de poética elaborada a partir del ejemplo del artista Caspar David Friedrich, todo es excelso, exigente y exquisito en este volumen, una nueva vuelta de tuerca en su peculiar quehacer narrativo. Desde *La pequeña y arrogante oligarquía de los vivos* hasta *Los tímidos*, sendas alego-

rías sobre la condición humana, Olgoso demuestra que no hay bisturí más a propósito para herir la turgencia de eso que algunos llaman *alma*.

Y es que, en contra de cuanto repiten los eslóganes más sobados, la fantasía no es un pasadizo oculto tras la cortina para escapar del salón ahito de la realidad. Se equivocan, si no mienten arteramente, quienes esto dicen. Haga lo que haga, el hombre sólo hablará de sí; no nos ha sido dado el poder huir de nosotros. Y lo invisible es

El autor granadino aplica su bisturí para herir la turgencia de eso que algunos llaman 'alma'

sólo un aspecto de lo visible, como el silencio lo es del mundanal ruido; el hombre no puede prescindir de cuanto sueña, so pena de convertirse en un ser escindido e incompleto. En palabras del propio Olgoso, la literatura fantástica nos permite "mostrar el envés de la realidad; iluminar esa parte menos luminosa de la existencia que, de manera distorsionada como una sombra, acompaña a lo visible; trasciende nuestra conciencia, nuestra condición humana. Spinoza decía que el universo consta de infinitas cosas en infinitos modos: la literatura fantástica da cuenta de esa diversidad abrumadora, de esos universos vislumbrados".

Los que, como Ángel Olgoso, siembran en el cielo, y no en la tierra, recogen sus cosechas en la luna, y no en el surco, pero el lector avisado sabe cuán sabrosos son los frutos que crecen en un terreno tan fértil.

Una historia del XX

BAJO UNA ESTRELLA CRUEL

Heda Margolius Kovály. Trad. Luis Álvarez Mayo. Libros del Asteroide. Barcelona, 2013. 278 páginas. 17,95 euros

Manuel Gregorio González

Excelente libro de memorias, *Bajo una estrella cruel* narra los infortunios de Heda Margolius Kovály durante la ocupación nazi de Checoslovaquia y el régimen comunista que sobrevino de inmediato. Se da así la circunstancia

de que, en una misma biografía, sobre una misma víctima, concurren ambos totalitarismos del XX, cuyo logro más notable, como aquí se recuerda, fue la persecución ideológica, el confinamiento arbitrario y el exterminio físico de millones de seres.

Es obvio que su ascendencia hebrea perjudicó gravemente a la autora bajo el dictado del Reich milenario. No es tan evidente, sin embargo, que el antisemitismo fuera un factor crucial en la Che-

coslovaquia comunista de los 50. Chaves Nogales advirtió ya que la fuerza que movía a la URSS en la guerra mundial era, no la doctrina de Marx y Engels, sino un vigoroso nacionalismo paneslavico. Y fue el paneslavismo quien propició, a finales del XIX, los progromos antisemitas de Alejandro III, junto con el mito



de la conspiración judía, luego difundido por toda Europa. Existe, pues, una clara continuidad ideológica entre el confinamiento en Auschwitz de Heda Margolius (allí perecieron sus padres), y la ejecución sumaria de su marido, secretario de Estado de Comercio, como judío sospechoso de traición al Partido. Lo más notable de estas memorias, en cualquier caso, aparte su calidad literaria, es el acendrado vitalismo con el que fueron escritas. No hay rencor

aquí; no hay sed de venganza. Existe, sin embargo, una poderosa afirmación de la vida y una extenuante búsqueda de la justicia. Cómo pudo ocurrir todo aquello (cómo pudo repetirse la persecución y el oprobio, tras la Segunda Guerra Mundial), es algo que aún hoy suscita una desolada opinión sobre los asuntos humanos. Las páginas dedicadas al autoengaño, a la justificación de esta deriva totalitaria, tras el padecimiento de Auschwitz, son particularmente inteligentes. Según Margolius, fue la fe en el hombre, en su bondad ingénita, la que nos llevó a repetir, una vez y otra, las más execrables abominaciones.